

P. PEDRO ROJAS C. M. F.

**sol de fátima:
isol de gracia!**

Nihil obstat
Alberto Vidal

IMPRIMATUR
José Cardelús, Vicario General
Por mandato de S.S.I. José Montes, Canciller

Hay un sello de:
Diócesis Gerundensis

Con licencias de los PP. Claretianos
Gerona. Abril de 1975

Primera edición : Tarragona, 1966
Segunda edición: Tarragona, 1978

PROLOGO DEL EXCM.º SR. DR. D. JUAN PEREIRA VENANCIO, ANTERIOR OBISPO DE LEIRIA-FATIMA, HOY PRESIDENTE DEL LLAMADO EJERCITO AZUL DE NTRA. SRA. DE FATIMA.

No conocía yo al R. P. Pedro Rojas, ni su notable libro "Fátima en marcha", que hoy se nos presenta en nueva edición y nuevo título: Sol de Fátima: ¡Sol de Gracia!

Nos encontramos en Cova de Iria el primer día 13 del Año Santo 1975, que por providencial coincidencia, es también año cincuentenario de la gran promesa del Inmaculado Corazón de María, relativa a los primeros sábados de mes, cuando el P. Rojas, hecha su presentación, me pidió dos palabras de introducción a la lectura de su libro, para la mejor orientación y guía del lector.

No me atreví a excusarme y... le prometí dos muy breves y sencillas líneas, sin pretensiones de introducirme en la lectura de la nueva edición de su obra, que es sin duda una de las más originales de cuantas sobre Fátima se han escrito, por más que sean sin número. Los lectores, que es de augurar serán aún más numerosos que los de la primera edición, me dirán si tengo o no razón en lo que acabo de decir.

Desde el comienzo de la lectura de este importante libro iban resurgiendo en mi espíritu las palabras proferidas en Fátima por el Eminentísimo Cardenal Arcadio Larraona, entonces Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, llamada hoy del Culto Católico: "Ninguna otra revelación sobrenatural ha habido nunca en el mundo de contenido espiritual tan rico y exhuberante como las de Fátima, ni aparición reconocida que nos haya transmitido un Mensaje tan claro, tan maternal, y tan profundo como ésta" (Voz de Fátima n.º 489 de 13 de junio de 1963, columna 3.ª). La intervención misericordiosa del Inmaculado Corazón de María en Fátima, sigue diciendo, es indudablemente la más urgente, la más apremiante, la más maternal. (n.º 490, página 3 columna 1.ª del mismo lugar).

En la misma predicación homilética, cuyo recuerdo la lectura del presente libro nos trae a la mente, el docto Cardenal de la Iglesia que vino a Fátima a inaugurar el culto principal de la Diócesis de Leiría, litúrgicamente dedicado por él entonces a Nuestra

Señora, bajo el dulce título de su Inmaculado Corazón, como patrona principal del Obispado, por cinco veces recordó a los sacerdotes el honor y el deber, que les cabe de ser defensores de tan rico tesoro, e incansables adalides de tan actual Mensaje, para vivirlo ellos mismos y hacerlo vivir a las almas.

No puedo menos de transcribir las últimas ardorosas palabras de aquella histórica predicación evangélica: Queridos sacerdotes, antes de terminar mi sencilla y familiar homilía deseo exhortaros de nuevo a compenetraros profundamente de la riqueza espiritual del Mensaje, a nosotros confiado por Nuestra Señora, esforzándonos en cultivarlo y conservarlo con ahinco y ardiente celo en el alma de los fieles, en vivirlo y hacerlo vivir, para acelerar así el triunfo final del Inmaculado Corazón de María. Como Cristo confió a Juan su misma Madre y éste como Madre la recibió, Ecce Mater tua, así el mismo discípulo del Señor nos invita igualmente a nosotros a recibirla también por Madre amorosísima, exhortándonos a conservar intacto tan gran tesoro espiritual y a comunicarlo generosamente a las almas, aun a precio de grandes sacrificios, si preciso fuera. Porque urge establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María, como medio eficaz de salvación, para anticipar así su definitivo triunfo sobre el mal, como Ella misma en esta santa Cova de Iría lo vaticinó: "Por fin triunfará en el mundo mi Inmaculado Corazón".

Esta tarea tomó para sí, de modo eminente el celoso misionero, Hijo del Inmaculado Corazón de María P. Pedro Rojas, con el libro que tenemos el honor y el gusto de presentar a sus lectores, en su segunda edición, felicitándole vivamente por su contenido.

Que la divina Madre bendiga con efusión de gracias al autor y su obra e igualmente a todos sus lectores.

Fátima, 13 de mayo de 1976.

Juan, Obispo dim. de Leiría-Fátima.

PROLOGO

DE LA PRIMERA EDICION

He leído detenidamente el original de "Fátima en Marcha".

Puedo afirmar que es un estudio bien pensado, muy completo, original, instructivo y, hasta ahora, el que más me ha gustado de cuantos conozco.

¡Mensaje providencial el de Fátima! Ha venido del cielo para dar la paz al turbulento mundo de hoy, abocado a su destrucción total por lo que a vida humana se refiere, si en Dios no fija su corazón.

Con él, la Reina del cielo, en apariciones sucesivas, hechas ya en Fátima (Portugal), ya en Tuy y Pontevedra (España), ha señalado al hombre de nuestros días el camino de la paz, abriendo simultáneamente ante él perspectivas de grandes bienes temporales y eternos. Unas y otras son designadas con el nombre de Fátima, por haber sido su principal protagonista Lucía dos Santos, pastorcita ayer de la pequeña localidad portuguesa bautizada con este nombre, y hoy teresiana en el Carmelo de Coimbra.

Múltiples son estas revelaciones. Su fin es conducir a la humanidad hacia la verdadera dicha temporal y eterna, orillando temibles abismos que, a derecha e izquierda, ha abierto la malicia humana.

Con todo, después de 60 años transcurridos sobre ellas, el conocimiento de las mismas aún está por llegar a muchos de sus destinatarios, que son todos los hombres. Ni siquiera parece haber llegado suficientemente a no pocos devotos de María.

Uno se pregunta: Y ¿por qué?

La respuesta, variable según los casos, no parece ofrecer gran dificultad.

A unos, por su despreocupación. Juzgando meramente particulares las predichas revelaciones, piensan que a nada les obligan.

A otros, por culpa, aún más imputable, esto es, por indolencia en el divino servicio, en la práctica de la virtud y en el fomento de la devoción a la Virgen.

Así es, frecuentemente, la sicología humana en su concreción personal.

A otros, en fin, por ignorancia inculpable.

La celeste visión tuvo a bien darnos algunas de sus lecciones envueltas en símbolos bastante enigmáticos, aptos para ser descifrados en el silencio y poco a poco, a fin de que, insensible pero eficazmente, fueran penetrando en la mente y en el corazón de muchos. La lluvia mansa de invierno ¿no fecunda el campo mucho mejor que la torrencial de verano?

La Virgen confió a los pastorcitos secretos que deberían permanecer ocultos algún tiempo y sólo más tarde podrían revelarse al público. Pues si esto hizo con los pequeños videntes, también pudo y, según prueba claramente el sabio autor de "Fátima en Marcha", quiso vincular otros secretos más numerosos y más importantes al simbolismo de sus ademanes, palabras y expresiones, que el porvenir iría revelando a medida que conviniera para el mayor bien de los escogidos.

He aquí algunas de las muchas preguntas que piden contestación:

¿Por qué tanto día 13?

¿Por qué tantas palomas a los pies de la Virgen Peregrina?

¿Por qué sol tan misterioso en octubre de 1917, con tan insólitos movimientos perpendiculares y horizontales en su nueva órbita?

¿Por qué tan inusitada comunión en las dos especies en 1917 y en Occidente, dada por mano angélica?

¿Por qué tan raro simulacro de ángel llegado a Fátima precisamente antes del verdadero ángel de paz, precursor de la Virgen?

¿Por qué tan oculta y, podemos decir, tan ignorada paz universal de 1917, claramente anunciada por la divina Madre?

¿Por qué tan repetido y uniforme abrir los brazos de la celeste visión?

¿Por qué tan viva claridad como desbordada de su Corazón Inmaculado?

En fin, ¿por qué fenómeno tan intenso, vivo y luminoso sembrando una aurora boreal, en 1938?

Tales enigmas, indescifrables y hasta insospechables para la incredulidad, son hoy, para el creyente, hechos de profundo contenido teológico y de oportunidad providencial, pero hechos claros, algo así como la nube conductora de los Israelitas en el desierto, que, lúcida para éstos, era oscura para sus adversarios.

¿Quién nos ha explicado debidamente hasta hoy el bello sim-

bolismo, con que la divina Madre dio en Fátima vida y colorido a su maternal Mensaje? Y si con él quiso dar nueva y animada expresión a sus palabras ¿podemos abandonarlo nosotros? ¿Qué puede ser por ejemplo, el milagro del sol? ¿Es posible, como insinúa Castelbranco, que su significado sea tan oculto como el tercer secreto de Fátima? ¿Por qué había de repetirse, y varias veces, ante Pio XII y en otras ocasiones? ¿Por qué había de disipar repentinamente en dilatado horizonte los nubarrones de un día lluvioso y conservar en cambio, junto a su luminoso disco, ligeros cirros con giros de azul celeste? ¿A qué puede venir el vuelo rápido de los mismos de Poniente a Oriente? Y la placidez de aquella luz solar, que en nada hería las pupilas, antes atraía dulcemente las miradas ¿nada dice a nuestro espíritu? Y la visión de Jacinta, reflejo insinuante, al parecer, del llamado tercer secreto, en la que contempló al Papa ante el Corazón de María en un gran templo ¿a qué puede referirse? ¿y a quién?

Con resplandores tan nuevos, el Padre Rojas ilumina la ruta de "Fátima en marcha" a lo largo de 50 capítulos. Y lo hace recordando los fenómenos luminosos, siempre en aumento, hasta verificarse el gran prodigio del Sol, en que la Reina del cielo enmarcó sus siete Apariciones de la Cova de Iría.

En aquel Sol de la última, también claroscuro a pesar de iluminado por Ella —tan claro que el mundo no ha visto otro igual en luminosidad, tan oscuro que no acaba de penetrar en muchas inteligencias— La misma Virgen ofreció, con palabras bien claras y explícitas, la paz al mundo torturado por una guerra tan destructora que nunca se había visto otra semejante. Pero aquella paz del cielo, ni entonces ni después, ha llegado a la tierra con los caracteres de universalidad, seguridad y firmeza que reviste la ofrecida a todos sus hijos por el tierno Corazón de la Madre celestial.

¿Por qué?

Sencillamente: porque el hombre de entonces la despreció, y el de ahora, por lo menos en gran parte, tampoco sabe apreciarla como es debido, ni en su tramo natural ni, mucho menos, en el sobrenatural.

Este desprecio acarreó a la humanidad de 1917-1918 la ignominia de proseguir la primera guerra mundial cuando vencedores y vencidos pedían la paz y el castigo de tener que sufrir la segunda, a tenor de lo profetizado en Fátima. (Cap. 9).

Y sobre nosotros ¿no podrían llover castigos de magnitud aún más apocalíptica?

Se impone a todos, evidentemente, un serio examen de conciencia. No olvidemos que la paz tan anhelada ha de venir precedida por la conversión de Rusia y tengamos en cuenta que esta aurora precursora surgirá radiante, si en España se practica el mensaje que la celestial Madre nos trajo en sus Revelaciones de la Cova de Iria.

Así es el camino de la paz. Por él orienta Fátima el porvenir mundial. El autor de estas páginas lo refleja bien hasta en su aspecto internacional.

Consignas del cielo son éstas que "Fátima en marcha" va desarrollando ante nuestra vista. Demos gracias a Dios por habérmolas puesto en las manos, pues con la oración y el buen ejemplo puede cada uno secundar, en plano de inmenso apostolado, los altos designios que el Señor y la divina Madre abrigan sobre el mundo, como por sí mismo podrá apreciar, mucho más al detalle, el benévolo lector.

Noviciado de los Hijos del Corazón de María.

Fátima, 23 de abril de 1963.

Antonio Pires Marques, C.M.F.

PRECURSORES DE FATIMA

El Apóstol de las gentes, comparando el cielo de los Santos con el firmamento material, observa que tanto en el uno como en el otro *stella differt a stella in claritate*, que la gloria de los Bienaventurados en el empíreo, como la de la bóveda estrellada que la noche despliega a nuestra vista, refleja en múltiple y muy variada gama de matices las divinas perfecciones, la belleza inefable del divino Sol.

¿No podría afirmarse lo mismo de todas las revelaciones del cielo?

Todas ellas, como sean verídicas y objetivas, tienen bien preciso y determinado su objetivo propio y su fin peculiar en los planes de la divina Providencia, y dejan grabada su estela de luz y de bien en la mente y en el corazón del hombre sensato y hasta quizás en las páginas de la historia.

No obstante ¡cuánta variedad y diversidad entre unas y otras! ¡Cuánta belleza y policromía, cuánta unidad y variedad nos es dado admirar en la multiforme constelación de revelaciones y carismas que nos ofrecen la historia de la Iglesia y su hagiografía! En tan bello panorama de dones de Dios destacan las Revelaciones de Fátima sobre otras muchas por el valor intrínseco del Mensaje que contienen y por el bien inmenso que están llamadas a producir en las almas y en el mundo de nuestros días y en el que por venir está.

¿Qué tiene de extraño que se les puedan señalar precursores? El Sol no amanece nunca, como los otros astros, de modo repentino en nuestro horizonte, sino que se anuncia todos los días anticipadamente en los destellos del alba.

Sol de las revelaciones del cielo son indiscutiblemente en nuestros días los del valle de Iría. ¿Cuál será su aurora?

Dos le podrá hallar el lector reflexivo.

Constituyen la más próxima a nosotros las apariciones del ángel a los pastorcitos videntes, en las que por medio de la sagrada Comunión que de su mano les dio y de las enseñanzas sobre la oración y la mortificación, que dejó bien impresas en sus tiernos corazones, les predispuso a recibir menos indignamente la visita de la Reina del cielo y su maternal Mensaje.

La preparación remota o mediata puede verse en la predisposición de los niños videntes y en los varones apostólicos que Dios suscitó en la Iglesia, para que a modo de precursores proféticos del contenido doctrinal del mismo celestial documento de la divina Madre, lo manifestaran y predicaran a los pueblos, o lo reflejaran de modo señalado en su vida práctica, aún antes de que fuera revelado, disponiendo así a las almas con su predicación, con sus escritos o con la ejemplaridad de su vida a su debida recepción.

A estos precursores apostólicos, providencialmente suscitados en la Iglesia para tan apostólica misión, nosotros los veríamos primaria y principalmente concretados en las figuras señeras de San Pío X, Santa Catalina Labouré, San Luis M^a Grignon de Montfort, San Juan M^a Vianney, Párroco de Ars, Mns. Carlos Desgenettes, Cura párroco en París y San Antonio M^a Claret, etc., aunque en muy diferente grado y modo en cada uno de ellos, a tenor de las diferentes modalidades de su vida y de su peculiar vocación.

San Pío X. Sabido es que este gran Pontífice, como lugarteniente de Dios en la tierra, se esforzaba desde su suprema cátedra del Vaticano por implantar en la Iglesia la práctica de la Comunión reparadora de los primeros sábados de mes en desagravio a la Santísima Virgen, por los pecados con que es ofendida, coincidiendo en esto proféticamente con lo que años más tarde había de ser revelado en Pontevedra a la vidente de Fátima y que hoy tantas almas practican, aleccionadas por las palabras de la celestial Madre a su humilde confidente.

Como las apariciones de Lourdes fueron sello del cielo y sobrenatural confirmación de las enseñanzas de Pío IX sobre la Inmaculada Concepción de María, las de Fátima lo son de las de Pío X sobre la reparación mariana y la Comunión reparadora de los primeros sábados.

Vale la pena de transcribir aquí en prueba de nuestro aserto las palabras de un rescripto de 13 de septiembre de 1912, firmado por el Cardenal Rampolla, que rezuma espíritu fatimista por sus cuatro costados, a pesar de que el nombre de Fátima estaba todavía muy oculto a la opinión mundial. Son del tenor siguiente: "El Santo Padre Pío X para aumentar la devoción de los fieles hacia la gloriosa Madre de Dios y para fomentar el piadoso deseo de reparación con que desean dar una cierta satisfacción por las blasfemias execrables proferidas por los hombres perversos contra el nombre

augustísimo y la excelsa dignidad de la misma celestial Madre, se ha dignado espontáneamente conceder a todos cuantos en el primer sábado de cada mes, confesados y comulgados, pongan en práctica con espíritu de reparación, algunos actos particulares en honor de la Virgen Inmaculada y rueguen por la intención del Sumo Pontífice, una indulgencia plenaria aplicable a los difuntos”.

En virtud de esta concesión pontificia la actual práctica de la Comunión reparadora de los primeros sábados nació indulgenciada a la vida pública de la Iglesia, e indulgenciada queda en el acervo de las más recomendables prácticas de piedad.

Santa Catalina Labouré.

La Revelación de la Medalla Milagrosa, hecha en 1830 a Catalina Labouré, de la Congregación de San Vicente de Paúl, es la primera en la serie de Apariciones marianas de los siglos 19 y 20, que parecen tener por fin primordial el establecimiento y consolidación en el mundo del reinado del Sagrado Corazón de Jesús, a una con el del Corazón Inmaculado de la celestial Madre.

En la Medalla Milagrosa aparece María con los brazos abiertos en derrame de gracias sobre el mundo, procedentes de su Corazón materno, en ademán, que por cuatro veces repetirá más tarde en Fátima, hasta con eclipse del sol astronómico en la última, sobre el horizonte de aquel lugar, mientras sobre el mismo brilló otro Sol sobrenatural y cordimariano, como en su lugar veremos.

Es, pues, de creer que la Medalla Milagrosa es para María sello y firma de lo por Ella dicho a Catalina Labouré, al par que anuncio y promesa de sus futuras intervenciones maternas sobre el mundo de nuestros días.

San Luis M. Grignon de Montfort. Este Santo es el Apóstol de la llamada Esclavitud Mariana, o esclavitud de amor a María, devoción según la cual el verdadero amante de la Reina del cielo ha de comportarse siempre y en todo como verdadero esclavo del amor a María, haciéndolo todo por Ella, con Ella, en Ella (en un ambiente saturado de amor mariano), y para Ella.

Pues bien, Fátima enseña al mundo que Dios mismo por María, con María, en María, y para María quiere salvar al mundo actual de los gravísimos males que le afligen y de los mucho más pesados que le amenazan. Con razón los hijos (RR. PP. Montfortianos) y

devotos del Santo esclavo de María, a 13 de octubre de 1960, colocaron su estatua en la columnata del Santuario de Ntra. Sra. de Fátima.

San Antonio M. Claret. De este Santo Apóstol del siglo XIX cabe decir que toda su vida fue un reflejo previo de todo el conjunto del Mensaje de Fátima y su predicación oral y escrita un anticipo del mismo a distancia de más de medio siglo. La esencia del Mensaje de Fátima, observa el notable polígrafo R.P. Luis Ribera en su libro "Auras de Fátima", página 46, consiste en el celo ardiente por la salvación de las almas por medio de las devociones del Corazón de María y del Santo Rosario y del espíritu de oración y mortificación.

Es precisamente lo que fue toda la vida del Santo, pero en grado muy heroico y extraordinario. Otros muchos Apóstoles ha habido del Rosario y del Inmaculado Corazón. Pero ¿qué otro lo fue en tan alto grado como él de las dos devociones a la vez y de modo tan característicamente fatimista como el suyo?

Es lo cierto que él sentía especial atractivo por las imágenes del Rosario que fueran al mismo tiempo del Corazón de María, y que ante esa clase de imágenes prefería fundar la Archicofradía del Purísimo Corazón, como así lo verificó en Vic y en incontables Parroquias de su Arzobispado de Cuba en forma idéntica a la que ochenta años más tarde la misma celestial Madre se había de aparecer en Fátima con el Corazón y el Rosario visibles sobre su celestial persona en la misma aparición.



Muy raro había de parecer un siglo atrás este proceder apostólico cuando hoy mismo no acaban de explicárselo muchos de sus biógrafos. Nos dicen de él que tal preferencia tiene su explicación en el espíritu de pobreza del Santo, en la falta de imágenes del Corazón de María, o en las dificultades pecuniarias que le hubiera podido acarrear su encargo a los escultores.

Pero de ningún modo es posible discurrir así si se tiene en cuenta que no reparaba en gastos necesarios o convenientes cuando se trataba de la gloria de Dios, o de su celestial Madre, o del bien de las almas. El, que repartió gratuitamente libros de piedad por centenares de millares, ¿no hubiera podido encargar una y cien imágenes del Corazón de María, diferentes de la del Rosario, si así le hubiese parecido conveniente para el bien de los fieles?

Lo que hay es que en el Corazón virginal de la Madre de Dios veía él en *síntesis* todos sus dones, gracias y privilegios, todo su inefable amor a Dios y a los hombres, todos sus merecimientos y carismas; mientras que en el Rosario los contemplaba todos, no en *síntesis* suma, sino muy al contrario, *analizados* uno tras otro a través de sus diferentes misterios de gozo, dolor o gloria; es decir, que la devoción del Corazón de María viene a ser para él *síntesis* de la del Rosario, como ésta es *análisis* detallado de aquélla: en una y otra ve el Santo *las dos devociones supremas*, cada cual por su respectiva vía, y *totales* de la Reina del cielo, porque entrambas encierran todo el conjunto de sus gracias y prerrogativas, pero por manera que la una sea en nuestra mente complemento y aclaración de la otra por su diferente método o proceso.

Este proceder del santo Apóstol catalán, corroborado en Fátima por la misma Reina del cielo, encierra toda una lección de Teología práctica y de Metodología pastoral, que debiera conocer y practicar el mundo de hoy. Esto, mejor que la mera coincidencia doctrinal, es lo que le constituye verdadero precursor profético y preclaro Maestro de la doctrina fatimista o de su celeste Mensaje.

Y hay que tener también presente que San Antonio M. Claret tuvo revelación del cielo de que había sido elegido Apóstol de los últimos tiempos y ángel del Apocalipsis precisamente por su ferviente y característico cordimarianismo. “El día 14 de septiembre de 1859, escribe en su autobiografía, día de Ntra. Sra. de la Merced, a las once y media del mediodía, el Señor me hizo entender aquello del Apocalipsis, 10-1: ‘Vi también otro ángel valeroso bajar del cielo revestido de una nube y sobre su cabeza el arco iris, y

su cara era como el sol, y sus pies como columnas de fuego.' Tenía en su mano un libro abierto; y puso su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra (primero en su diócesis de Cuba pero también en las demás diócesis). Y dio un fuerte grito, a manera del león cuando ruge. Y después que hubo gritado, siete truenos articularon sus voces. (Aquí vienen los hijos de la Congregación del Inmaculado Corazón de María: dice siete, es número indefinido, quiere decir todos. Los llama truenos porque como truenos gritarán y harán oír sus voces..., como Santiago y San Juan fueron llamados hijos del trueno).

El Señor me dijo a mí y a todos esos Misioneros compañeros míos: 'Non vos estis qui loquimini, sed est Spiritus Patris vestri et Matris vestrae qui loquitur in vobis'. No sois vosotros los que habláis, sino que es el Corazón de vuestro Padre y de vuestra Madre el que habla por vosotros. Tal es el lenguaje de los siete truenos apocalípticos, que el Aguila de Patmos tuvo que legar inédito o en indescifrable secreto a los siglos por venir, para obedecer la voz del cielo que así se lo mandó hacer.

No había llegado la hora de revelar al mundo la devoción de los Sagrados Corazones de Jesús y María, sobre que se ocupaban entonces tan célicas voces.

Ya la revelará oportunamente, cuando llegue su hora, obediente igualmente a otra voz del cielo, el mismo Angel apocalíptico. Los primeros cristianos, paganos o judíos del día anterior, mal hubieran podido entender en qué consistir pudiera la devoción a tan santos y amantes Corazones. Hoy, en cambio, todo el mundo entiende que, aunque nuestro amor y veneración se dirija siempre a la persona de tan soberanos Dueños de nuestra vida, al dirigirles nuestros ruegos y homenajes, en lo que en Entrambos es expresivo símbolo del amor que nos tienen, que es su Sagrado Corazón, es recomendable fijar primariamente nuestra mirada y nuestros afectos, en posible y debido retorno de amor por amor, de nuestro corazón al suyo.

Si Dios habla al hombre, claro está que quiere ser entendido. Pero bien sabe El que no siempre es posible a la humana inteligencia entender enseguida su divina palabra. Lo entenderá a su tiempo, con alguna nueva Revelación, si así es preciso, o por medio del simple progreso humano. En Fátima reveló María a sus pastorcitos secretos que no podían manifestarse antes de 1960. ¿Por qué no antes? Antes de esta fecha el peor castigo conocido era el de la

posible bomba atómica. Después ¡cuántos más y peores conoce el mundo! Cohetes con múltiples cabezas atómicas, polaris, plataformas espaciales, etc. Antes, pues, de tal fecha, ¿quién hubiera podido entender bien tal amenaza?

Tenemos, en fin, que Jesucristo reveló a Claret ser él el séptimo ángel del Apocalipsis, y por las palabras que para él y para sus hijos le dice, vese que lo es por su Cordimarianismo. Dios ha reservado para nuestro tiempo el conocimiento y extensión universal de la devoción al Purísimo Corazón de su Inmaculada Madre. Por esto ha encendido hoy en la Iglesia el Sol de Fátima y le ha hecho preceder la aurora de sus precursores, entre los cuales destaca ciertamente como astro de primera magnitud la figura excelsa de nuestro Santo, su Angel apocalíptico.

¡Cómo deseaba y confiaba él extender y afianzar por todas partes su salvador cordimarianismo! Para asegurarle un porvenir que le sobreviviera a él después de su muerte en dilatadas edades y proyectara sus enseñanzas a través del tiempo y del espacio, fundó su Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, asegurándole de parte de Dios que se extendería por todo el mundo, que lucharía al fin de él contra el anticristo y sus secuaces, y que obtendrían la salvación eterna todos los que en ella murieran.

Y ¿no parece también esta consoladora promesa un dulce anticipo de lo que más tarde prometerá la misma divina Madre en Fátima a favor de todos los devotos de su Inmaculado Corazón?

Fundó además las Religiosas de María Inmaculada para la educación e instrucción de la juventud femenina, dándole el Corazón virginal de la Madre de Dios por escuela de perfección, y también una especie de Instituto secular para las que quisieran y no pudieran entrar en Religión, que con el nombre de Religiosas en sus casas, o Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María, se adelantó un siglo a la actualmente espléndida y abundante floración de Institutos seculares bajo todos los climas.

El Sumo Pontífice Pío XII, haciéndose eco de su intenso Apostolado cordimariano, en el decreto de aprobación de los milagros para su canonización, lo presentaba a la Iglesia universal como precursor y modelo del contenido cordimariano del Mensaje fatimista, con estas palabras: “El sapientísimo Dios, antes de llevar a cabo alguna empresa saludable para el bien de las almas acostumbraba preparar los ánimos de los fieles suscitando algún precursor,

que resplandezca por su santidad. Ciertamente, para no alejarnos de nuestro propósito, estamos viendo constantemente en nuestros días cuan agradable es a Dios y a la Bienaventurada Virgen la devoción a su Inmaculado Corazón, y con cuan ardiente anhelo la abraza el pueblo cristiano. Ahora bien, Antonio M^a Claret, que nunca cesó de predicar las grandezas del Inmaculado Corazón de la Bienaventurada Virgen, recogiendo abundante cosecha de almas, se manifestó en el siglo pasado Precursor insigne y hábil e infatigable divulgador de esta devoción.

Por esto este año mariano de 1954 el Episcopado portugués quiso poner la imagen de este santo Apóstol prefatimista en lugar bien destacado de la Basílica de Fátima, para que los peregrinos de todo el mundo que allí acuden aprendan de él las tiernas devociones del Corazón de María y del Rosario, su espíritu de oración y penitencia, su amor a la sagrada eucaristía y su celo infatigable por la salvación de las almas, en una palabra: todo el contenido del Mensaje de Fátima, propagado y vivido por él mucho antes y mucho mejor que por tantos otros de sus actualmente incontables y celosos Apóstoles. El Nuncio Apostólico bendijo la imagen, y acto seguido celebró de Pontifical, exhortando a los numerosos peregrinos, allí presentes, a imitar los ejemplos de tan digno predecesor de lo revelado por la Santísima Virgen en aquel mismo lugar, santificado por su presencia.

El santo Apóstol cordimariano ha hecho también excelente obra de Apostolado prefatimista por medio de sus hijos, los Misioneros del Corazón de María, que desde su fundación han ido caldeando en los fieles en todas partes el rescoldo de la devoción al Corazón Inmaculado *antes*, y en algunos aspectos, que a primera vista podrían quizás parecer de impronta exclusivamente fatimista, *mucho antes*, de las Apariciones de Fátima. Sirva de ejemplo el libro del R.P. Ramón Ribera, titulado “Los primeros viernes y los primeros sábados de mes, consagrados, respectivamente, a los sagrados Corazones de Jesús y de María”, editado por Cocala en Madrid en 1915, es decir, diez años antes de que la misma Reina del cielo revelara en Potevedra a su confidente de Fátima la hoy afortunadamente ya popular devoción de los primeros sábados de mes dedicados al desagravio y reparación del Inmaculado Corazón de María.

Es, pues, de creer que no se han perdido en el vacío de los años las voces del séptimo ángel del Apocalipsis, ni la de los siete true-

nos que, a modo de altavoces obedientes en todo a las consignas del micro angélico, con el cual están conectados, las repiten a las gentes.

San Juan María Vianney, Párroco de Ars. Fátima es una gran llamada a consagrarse al Inmaculado Corazón de María a escala personal, familiar, parroquial, etc. San Juan M.^a Vianney en el año 1836 comenzó el mes de Mayo consagrandó su Parroquia a la Inmaculada. Para dejar indeleble memoria de este hecho en el corazón de sus feligreses y, sobre todo, para poner en manos de María el porvenir de todas y cada una de las familias y el de todo el complejo parroquial, le ofreció un corazón de plata dorada, en el que había hecho grabar los nombres completos de todos los miembros de la feligresía. Así quería verlos el Santo a todos en el Corazón de María. Lo colgó luego del cuello de la efigie, convirtiéndola así en imagen del Inmaculado Corazón, al par que del de los hijos al de su Madre. La Señora correspondió a su fiel siervo, confiando a su celo pastoral el corazón de incontables personas, no sólo del pueblecito de Ars, sino también de toda Francia y de toda una larga serie de otras naciones y de más allá de sus confines, que a él acudían en continua peregrinación para confesarse, con la esperanza de poner así sello de eterna salvación a sus cuentas pendientes y corrientes con la infinita misericordia del divino Juez.

Mns. Carlos Desgenettes, Párroco de Nuestra Señora de las Victorias en París. De un modo análogo en el fondo, aunque de muy diferente estructura, Mns. Carlos Desgenettes, párroco de Nuestra Señora de las Victorias en la capital francesa, consiguió en el siglo pasado convertir su parroquia, tan grande en el número de sus afiliados como pequeña en el de practicantes, en un floreciente centro de piedad, no sólo parroquial, sino también ciudadano, nacional y hasta internacional, por medio de su consagración al Inmaculado Corazón de María y de la Archicofradía de la misma advocación cordimariana, que allí dejó establecida y allí sigue floreciente hasta nuestros días, contando por millones sus socios esparcidos por todo el mundo.

Dios bendice indefectiblemente siempre las obras de Apostolado emprendidas y alentadas por ideales de verdadera devoción al Corazón Inmaculado de su Madre.

San Juan Eudes. Descuella entre muchos por su acendrada devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María, herencia espiritual de las Congregaciones Religiosas, por él fundadas, como la llamada del Buen Pastor, reflejada y estereotipada en sus libros *Vida y Reino de Cristo* (1637) y *Devoción y Oficio del Corazón de la Santísima Virgen* (1650-53).

Santo Domingo de Guzmán. Entre tan variada floración de apostolado prefatimista sobresale Santo Domingo de Guzmán, a título de fundador y primer Maestro de la popular devoción del Rosario, aunque no son pocos los que prefieren creer que tan bella y coordinada constelación de misterios de nuestra santa Religión, muchas veces avalada por Dios con verdaderos milagros, bien puede ser tenida por trabajo elaborado en el cielo y descendido a la tierra por divina Revelación o Inspiración, más que por mero producto de humana inteligencia, por más que sea de tan docto teólogo y tan gran Santo.



PROVIDENCIAL PREPARACION REMOTA EN LOS MISMOS NIÑOS VIDENTES

Todos y cada uno de los hombres tienen en la mente divina su vocación y destino propio. Los Tres pastorcitos de Fátima tenían que recorrer juntos en la niñez un trecho destacado del camino de su vida. Por eso el cielo los puso en condiciones de mútuo atractivo en idéntica e inocente expansión familiar, desde los albores de su vida, hasta que la muerte vino a distanciarlos mútuamente entre el tiempo y la eternidad.

“No sé por qué, escribe Lucía, Jacinta y su hermano Francisco sentían por mí una predilección especial, y casi siempre me buscaban para jugar. No les gustaba la compañía de otros niños y me pedían que les acompañase yo en los juegos, con que solíamos entretenernos junto a un pozo que tenían mis padres en el extremo del huerto”.

Este era el lugar que los tres solían preferir para sus infantiles esparcimientos. Aquí se divertían jugando y retozando alegres, cambiando sus mútuas impresiones o repitiendo las anécdotas e historietas familiares recogidas en el hogar.

“Llegados allí, prosigue Lucía, Jacinta escogía los juegos en que nos íbamos a entretener... Pero no siempre podía corresponder yo al deseo de mis primitos. Como mis hermanas mayores eran tejedora una y costurera la otra, y por eso pasaban el día en casa, las vecinas solían pedir a mi madre que les permitiese dejar sus niños en nuestro patio conmigo, para que jugaran allí bajo la vigilancia de mis hermanas, mientras ellas iban al campo a hacer sus faenas. Entretanto yo era la encargada de entretener a aquellas criaturas y de vigilar para que no cayeran en el pozo que había en el patio”.

Eran tres caracteres hechos el uno para el otro, no porque fueran iguales, sino porque lo eran sólo parcialmente, o porque por vías de parecida simetría de carácter parecían hechos para completarse y apoyarse mútuamente.

Francisco no se parecía a su hermana Jacinta, sigue relatando Lucía, más que en la fisonomía de la cara y en la práctica de la

virtud. No era caprichoso y vivo como ella, sino de natural pacífico y condescendiente. Cuando en nuestros juegos y diversiones alguien se empeñaba en negarle los derechos que había ganado, él cedía sin resistencia, limitándose generalmente a decir: ¿Piensas que has ganado tú? Pues, así sea; a mi esto no me interesa.

He aquí algunos hechos que en las memorias de Lucía reflejan su corazón de oro:

No podía sufrir que otros niños cogieran avejillas de los nidos. Desmenuzaba siempre parte del pan que llevaba para la merienda, hasta dejarlo triturado en pequeñas migajas, que colocaba encima de las piedras y peñascos para que lo comieran los pájaros. No permitía entonces que nadie se acercase, para que no se asustaran, y él mismo, apartándose un poco, los llamaba como si pudieran entender su lenguaje. Pobrecitos, estáis hambrientos, les decía, venid a comer. Y ellos con la vista que tienen para conocer a sus amigos, no se hacían de rogar y acudían en grandes bandadas a su llamamiento. Había que ver entonces la alegría del niño, al sentirlos cantar por encima de los árboles, alegrando la naturaleza con sus jubilosos gorjeos, que Francisco imitaba con arte haciendo coro con ellos. ¿Bello y profético anuncio de la atracción de almas que Fátima había de excitar en el mundo?



Un día, refiere Lucía, encontramos un muchacho con un pájaro en las manos. Compadecido Francisco de la mala suerte del animalito, prometió al niño dos veintenes (dos céntimos), si lo dejaba en libertad. El muchacho aceptó el contrato a condición de recibir primero el dinero prometido. Francisco corrió entonces a su casa a buscar el precio del rescate del prisionero. Cuando por fin lo vió libre volando, aplaudía gozoso gritando al nuevo liberto: "ten cuidado, no sea que te vuelvan a coger".

Apacentando su ganado se encontraban frecuentemente los tres zagalitos con una pobre mujer anciana atareada en pastorear el suyo, no pocas veces con la mala suerte que el peso de los años¹ deja suponer. En tales casos, prosigue Lucía, Francisco era el primero que corría presuroso a ayudarle a juntar en hato a las descarriadas ovejas. La ancianita solía llamarle agradecida su angelito custodio.

Jacinta, en cambio, no poseía un carácter tan condescendiente. Nuestro juego preferido, escribe su prima, era casi siempre el de las prendas o del botón. Por él me vi no pocas veces en grandes apuros, porque cuando nos llamaban para lo que fuera, frecuentemente me encontraba sin botones en la ropa. Ordinariamente me los ganaba ella, y esto bastaba para que mi madre me reprendiera, si me encontraba sin ellos. Era preciso coserlos de nuevo y enseguida; pero ¿cómo conseguir que ella me los diera, si además del defecto de caprichosa, tenía también el de ser avariciosilla? Quería guardarlos para el juego siguiente a fin de no verse forzada a tener que arrancar los suyos en caso de perder. Sólo lo conseguía amenazándola con que no volvería a jugar más con ella, si no me sacaba de aquellos aprietos con la devolución inmediata de los botones.

Pero ¿qué significan tan ténues sombras a los cinco años? ¿Qué niño en tan tierna edad no tiene impertinencias por el estilo?

Bajo el velo de esos infantiles defectillos escondía un corazón de ángel. Tenía ya entonces, sigue narrando Lucía, un natural bien inclinado y un carácter muy dulce y tierno, que la hacía amable y atrayente para todos.

He aquí algunos infantiles episodios de su vida que corroboran este aserto de su compañera de pastoreo primero y luego de recepción de extraordinarios dones de Dios:

POBRECITO JESUS. Un día jugando a prendas, prosigue Lu-

cía, divertimento infantil, en el cual el que gana manda hacer al que pierde lo que se le antoja, se me acudió a mí mandarle dar un beso y un abrazo a mi hermano, que estaba escribiendo cerca de nosotros.

—Eso no, respondió con energía la pequeña, mándame hacer otra cosa. ¿Por qué no me mandas besar a aquel Nuestro Señor, que está allí, (un crucifijo que colgaba de la pared).

Pues bien, contesté, súbete encima de una silla y tráelo aquí, y de rodillas le das tres besos y tres abrazos, uno por Francisco, otro por ti y otro por mí.

—A Nuestro Señor le daré todos los que quieras. Y fue corriendo a buscar el crucifijo y lo besó con tanta devoción que nunca más lo he podido olvidar.

Después miró con atención a Nuestro Señor y preguntó: ¿Por qué está Nuestro Señor así clavado en la Cruz?

—Porque así murió por nosotros.

—Cuéntame como fue.

Yo conocía la Pasión de Jesucristo como una historieta... Al oír contar los sufrimientos del Redentor, la pequeña se enterneció y lloró. Muchas veces pidió después que le repitiéramos la historia de Nuestro Señor, como nosotros la llamábamos; y al oírla prorumpía frecuentemente en lágrimas y en expresiones como esta: ¡Pobrecito Jesús!; yo no haré ningún pecado, porque no quiero que Nuestro Señor sufra más.

EL IMAN DEL SAGRARIO. Jesucristo por medio del sacramento de su amor cumple personalmente por sí mismo su promesa de estar con nosotros hasta la consumación de los siglos, y atrae continuamente a sí a innumerables almas, aún a muchas que sólo imperfectamente le conocen. ¡Cuántas tendrán que agradecerle por toda la eternidad el dulce atractivo que por él sintieron desde los albores de su vida, arrebolada en níveo ropaje de inocencia!

Mi tía, refiere Lucía, llevó un día a su hijita a una función religiosa de comunión general. La pequeñita fijó su atención en las niñas vestidas de ángel que esparcían flores. Desde ese día, de vez en cuando se apartaba de nosotros cuando jugábamos, cogía un manojito de flores y venía a arrojármelas a mí.

—Jacinta ¿por qué haces esto?

—Hago como los angelitos; te echo flores.

Mi hermana, además, por ser celadora del Corazón de Jesús, en una fiesta anual, que quizás fuera Corpus, solía vestir de ángel a algunas niñas para ir al lado del palio en la procesión a echar flores. Como yo, prosigue refiriendo Lucía, era siempre una de las elegidas, un día cuando mi hermana me probó el vestido, conté a Jacinta la fiesta que se aproximaba y cómo yo iría a echar flores a Jesús. La pequeña me rogó entonces obtuviera de mi hermana el permiso necesario para hacerlo también ella. Fuimos las dos a hacer la petición. Mi hermana accedió, le probó también el vestido y en los ensayos nos dijo cómo debíamos arrojar flores a Jesús.

—Y nosotras ¿le veremos?, preguntó intrigada.

—Sí, contestó mi hermana, lo lleva el Sr. Párroco.

Jacinta saltaba de contenta y preguntaba continuamente cuántos días faltaban para la fiesta. Llegada por fin tan deseada fecha, estaba loca de alegría; vería a Jesús y podría echarle flores.

Nos colocaron a las dos al lado del altar, y en la procesión al lado del palio, cada una con su canastillo de flores. En los sitios señalados por mi hermana arrojaba yo mis flores a Jesús, pero por más señales que hice a Jacinta, no pude conseguir que echase ninguna. Miraba continuamente al Sr. Párroco y nada más.

Cuando terminó la función mi hermana nos sacó fuera de la Iglesia, y preguntó a Jacinta:

—¿Por qué no esparcías flores delante de Jesús?

—Porque no le vi.

Después me preguntó a mí: ¿has visto tú al Niño Jesús?

—No; pero no sabes tu que el Niño Jesús de la Hostia, que no se ve y que está escondido, es el que recibimos en la sagrada Comunión?

—Y cuando tu comulgas ¿hablas con él?

—Sí.

—Y ¿por qué no le ves?

—Porque está escondido.

—Voy a pedir a mi madre que me deje ir también a comulgar.

—El Sr. Párroco no te dará la Comunión antes de los diez años.

—Pero tu aún no los tienes, y ya comulgas.

—Porque sabía toda la doctrina, y tu aún no la sabes.

Entonces tanto ella como su hermano me pidieron que se la

enseñase. Me hice así catequista de mis compañeros, que la iban aprendiendo con entusiasmo. Pero yo, que cuando me preguntaban iba respondiendo a todo, a la hora de enseñar me acordaba de muy pocas cosas.

—Enséñanos más, me dijo un día Jacinta, que eso ya lo sabemos.

Confesé que no me acordaba si no me preguntaban más y añadí: pídele a tu madre que te deje ir a la Iglesia para aprender.

Los pequeños, que deseaban recibir a Jesús escondido, como ellos decían, fueron a hacer la petición a su madre. Mi tía les dijo que sí, pero les dejaba ir pocas veces, porque la Iglesia estaba lejos para los chiquillos tan pequeños y porque en todo caso era de prever que el Sr. Párroco no les daría la Comunión antes de cumplir los diez años.

Jacinta me hacía continuas preguntas a propósito de Jesús escondido. Un día me preguntó: ¿Cómo es que tanta gente recibe al mismo tiempo a Jesús escondido? ¿Es un bocadillo para cada uno?

—No; ¿no ves que son muchas hostias y en cada una está el Niño Jesús?

LA IMITACION DE JESUS POR AMOROSO INSTINTO. Le gustaba también mucho a Jacinta, sigue exponiendo su prima, coger los corderitos blancos, sentarse con ellos alrededor, abrazarlos, besarlos, llevarlos sobre sus hombros...

Un día al volver a casa se metió en medio del rebaño.

—¿Por qué vas ahí, le pregunté, en medio del hato?

—Para hacer como Nuestro Señor, que en aquella estampa que me dieron, también está así en medio de las ovejas y con una sobre los hombros.

LA VOZ DE LA DIVINA PASTORA. Uno de nuestros entretenimientos durante las largas horas de pastoreo, escribe Lucía, era pronunciar nombres que el eco repitiera. El nombre que mejor sonaba era el de María.

Jacinta a las veces decía íntegra el Ave María, pronunciando pausadamente las palabras una a una, a medida que el eco iba devolviendo la anteriormente proferida.

Bella y exacta síntesis de la que iba a ser en adelante la vida de los tres pastorcitos, cuya historia sería una constante y dilatada

difusión por los cuatro puntos cardinales del dulcísimo nombre de María.

DIVERSIONES DIURNAS Y NOCTURNAS. Llegados a los pastos, confiesa Lucía, había llegado para nosotros la hora de jugar, tocar, cantar, danzar y correr por la sierra en animada y despreocupada algarabía. Jacinta tenía viva pasión por la danza. Francisco prefería sentarse en una roca para tocar mientras sus compañeras danzaban.

Era tan impaciente el deseo que teníamos de divertirnos que robábamos de una manera hasta quizás algo graciosa e ingeniosa el tiempo destinado al Rosario. Nos habían recomendado que lo rezáramos después de la merienda; pero como todo el tiempo nos parecía poco para jugar, encontramos una buena manera de acabarlo pronto: pasábamos las cuentas diciendo sólo las dos palabras iniciales "Ave María, Santa María". Así en un abrir y cerrar de ojos teníamos rezado el Rosario.

A la pequeñita, añade Lucía, le gustaba también mucho ir al atardecer a una era que teníamos junto a casa, para ver el bello ocaso de sol y el cielo estrellado que le seguía; se entusiasmaba con las bellas noches de luna. Porfiábamos en ver quién era capaz de contar las estrellas, que creíamos eran lámparas que los ángeles encienden todas las noches en las ventanas del cielo para anunciar a los mortales la gran fiesta que diariamente se celebra allá arriba en el reino de la eterna dicha. El sol era la lámpara de Nuestro Señor, y la luna la de Nuestra Señora.

Jacinta solía decir: a mí me gusta más la lámpara de la Virgen, que no nos quema ni ciega.

Francisco por su parte afirmaba con aplomo: Ninguna lámpara es tan bonita como la de Nuestro Señor.

¡Dichosas almas infantiles capaces de tales invenciones! ¡Hermoso barro apto para el ulterior trabajo de la gracia!

Muy raras y simplistas en extremo parecerán a todos las ideas astronómicas de estos simples pastorcillos.

Pero en sus crasos errores muestran su ingenio, no desprovisto de gracia, ven orden en el mundo y reconocen en él la mano del supremo Ordenador, preocupado por nuestra dicha.

En las horas de siesta, prosigue narrando Lucía, mi madre nos daba a sus hijos una lección de Catecismo, porque, según decía, no

quería quedar mal, cuando el Sr. Párroco nos lo preguntara y porque quería cumplir ante todo sus deberes maternos. A estas lecciones catequístico-familiares asistían también Jacinta y su hermanito Francisco, y frecuentemente también otros niños.

Un día uno de los pequeños acusó a otro de haber dicho algunas palabras inconvenientes.

Mi madre le reprendió severamente diciendo que aquellas cosas feas no deben decirse y que Jesús condena al infierno a los que hacen pecados y no los confiesan. Jacinta no olvidó la lección. El primer día en que volvió a encontrarse en la misma reunión catequética me dijo:

—¿No te deja salir hoy tu madre?

—No.

—Entonces yo me iré al patio con Francisco.

—¿Por qué no te quedas aquí?

— Mi madre no quiere que esté aquí con esos. Dice que vayamos a jugar a nuestro patio. No quiere que aprenda cosas malas, que son pecados, que ofenden al Niño Jesús. Después me dijo bajito al oído.

—Si te deja tu madre ¿vendrás a mi casa?

—Sí.

—Entonces se lo voy a pedir. Tomando de la mano a su hermanito se fue a pedirlo.

Pero la principal protagonista de las Revelaciones de Fátima tenía que ser la misma Lucía. De ella nos dice su hermana María de los Angeles: Nos gustaba mucho porque era inteligente y bondadosa. Cuando, ya mayorcita, volvía a casa con el ganado, iba a arrojarle al cuello de la madre y, pegadita a ella, le hacía muchas monerías; la abrazaba, la besaba. Nosotras, las hermanas mayores, la menospreciábamos un poquillo y decíamos: ya viene la nena de los mimos y de las impertinencias... Después que me nació la primera niña, había que verla. Volvía de la sierra, encerraba a las ovejas en el redil y corría volando a mi casa, que estaba enfrente de la de mi madre. Cogía a la nenita y de tal manera se la comía a besos que no parecía criatura de nuestra tierra.

Era muy amiguita de los niños y todos se morían por ella. A veces se juntaban en el patio de nuestra casa ocho, diez, o más, y ella, contenta, adornaba a las pequeñitas con flores y hierbas; hacía procesiones con santitos, preparaba andas y tronos, como si estuviera en la Iglesia, canturriaba con todos ellos versos a Nuestra

Señora... Sabía entretener muy bien a los pequeñitos, que las madres dejaban en nuestra casa, antes de irse ellas al campo. Como yo estaba todo el día en el telar y mi hermana Carolina en la costura, los vigilábamos nosotras, pero cuando estaba Lucía, aún siendo muy pequeña, quedaban al cuidado de ella y nosotras descansábamos... Jugaban a botones, a prendas, a piedrecitas... y cuando se cansaban de jugar se sentaban a la sombra de las higueras y Lucía en medio del corro, comenzaba a contar historias y cuentos para entretenerlos hasta que les ocurriera volver a sus caros juegos... Era muy charlatana, muy franca, muy amable, hasta con el padre: padre aquí y padre allá...

¡Ay, Jesús, qué criatura!, exclamaba el tío Marto. Yo ya pronosticaba: Tú serás o muy buena o muy mala...

Un ángel del cielo dirá más tarde a los tres pastorcillos que los Sagrados Corazones de Jesús y María tienen sobre ellos, y por su medio sobre el mundo, designios de misericordia.

Para llevarlos a la práctica la amorosa Providencia del Señor los ha prevenido con los bienes inestimables de una educación familiar muy digna y esmerada, de buena índole personal, de apartamiento de los peligros del mundo, de ayuda mutua en su infantil pero firme amistad, y los irá favoreciendo en adelante con graduales apariciones ya de un ángel, ya de la misma Reina del Cielo, que disiparán totalmente en ellos los defectos que hasta el presente no han podido eliminar la educación familiar, ni los dones ordinarios de la gracia con que el cielo les había prevenido.

Las manos virginales de la Madre de misericordia moldearán oportunamente en sucesivas descensiones sobre la Cova de Iría la maleable arcilla de su buen natural, hasta sacar de él y en poco tiempo imágenes acabadas de virtud y santidad.

III

PREPARACION PROXIMA: EL ANGEL DE LA PAZ

Los tres afortunados zagalillos escogidos por la Santísima Virgen para confidentes y Apóstoles suyos en la tarea de la salvación del mundo actual, eran tres chiquillos normales, idénticos en todo

a sus compañeros de las demás familias de su aldea.

Lucía Dos Santos parecía ser el alma y el mandarín del pequeño grupo de los tres, por adelantar en edad a los otros dos. Sana, robusta y de buena índole, se le podía confiar el ganado familiar, desde muy tierna edad, teniendo en cuenta, por otra parte, que sus padres no abundaban en recursos pecuniarios, que les permitieran contratar a otra persona, extraña a la familia, para este menester. Así acertada o desacertadamente discurrieron ellos; y así se hizo, cuando la niña frisaría apenas los ocho años.

Este hecho se reputó por una gran desgracia de parte de sus primitos y ordinarios compañeros de juego, Francisco y Jacinta Marto. ¿Qué van hacer en adelante, sin poder jugar con Lucía, junto a su casa?

Pero todo mal tiene su remedio, y los niños suelen tener uno de carácter universal para cuanto deseen obtener, sea lo que sea. Era, pues, cuestión de ponerlo en práctica y aguardar el resultado, próspero o adverso: unos cuantos lloriqueos, acompañados de toda una letanía de peticiones, idénticas todas unas a otras, tanto en las palabras, como en el acompañamiento del consabido llanto; y el resultado no se hizo esperar: en adelante, si tanto lo deseaban, podrían acompañar a su prima en la guarda del rebañito familiar, y jugar cuanto quisieran los tres en el monte.

“Y así fue, escribe Lucía con su característica sencillez, que cierto día fuimos con nuestras ovejitas a una propiedad de mis padres, que está en el fondo del Cabezo. Allí pasamos el día. Despachamos nuestra comida y rezamos el Rosario. Terminado el rezo, comenzamos a jugar a las piedrecitas.

Hacía algunos momentos que jugábamos, y ¡zas!, ¡zas!: un viento fuerte sacude los árboles y nos obliga a levantar la cabeza, para ver lo que pasaba, puesto que el día estaba sereno, y he aquí que comenzamos a ver, a alguna distancia, sobre los árboles que se extendían en dirección al oriente, una luz más blanca que la nieve, en figura de un joven transparente, más brillante que el cristal, herido por los rayos del sol.

Al llegar junto a nosotros, dijo:

No temáis. Soy el ángel de la paz. Orad conmigo.

Y, arrodillado en tierra, inclinó la frente hasta el suelo; llevados de un movimiento sobrenatural, le imitamos y repetimos las palabras que le oíamos pronunciar:

“Dios mío, yo creo y espero en Vos, os adoro y os amo. Os

pido perdón por los que no creen, ni os adoran, ni esperan, ni os aman”.

Después de repetir esto tres veces, se levantó y dijo: Orad así. Los Corazones de Jesús y María están atentos a la voz de vuestras súplicas.

Y desapareció.

La atmósfera de sobrenaturalidad que nos envolvió era tan intensa que durante un buen espacio de tiempo, apenas si nos dábamos cuenta de la propia existencia, permaneciendo en la posición en que nos había dejado el ángel y repitiendo siempre la misma oración.

Notemos como el ángel, en vez de reaccionar contra la incredulidad, reacciona a favor de sus víctimas voluntarias. Más tarde la Reina del mundo seguirá la misma táctica y más en concreto, con más claridad. Si se escuchan mis palabras, Rusia se convertirá y habrá paz en el mundo; si no, seguirá esparciendo sus errores por el mundo... El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá...

Llamada maternal a Rusia y a cuánta otra gente...

Las dos niñas seguían de rodillas repitiendo la oración, que tan bien grabada había dejado el ángel en la mente de los tres, cuando oyeron la voz de Francisco que les decía: No puedo continuar así tanto tiempo como vosotras; me duele tanto la espalda que ya no puedo aguantar más.

Acababa de trocar la posición de profunda inclinación y adoración, en que le había dejado el ángel, por la sesión en el suelo.

Pero no sólo él, sino los tres, habían quedado débiles y aturridos por efecto de tan sobrehumano contacto con el orden sobrenatural.

Poco después, algún tanto repuestos de la angélica impresión, comenzaron a reunir sus ovejas, dispersas por el monte, pues el día estaba ya muy adelantado hacia el ocaso, y urgía por tanto volver a casa.

Ninguno de los tres sintió, como otras veces, necesidad de hablar, ni menos de jugar y corretear en su camino hacia Aljustrel. Tanto les había impresionado y sojuzgado la presencia del espíritu angélico.

Sólo al llegar a casa y tener que separarse Lucía de los otros dos hasta el día siguiente, les recomendó silencio sobre lo que habían visto y oído. Parecía natural y hasta mejor callar, dice ella misma, pues en todo ello había algo sumamente íntimo e inefable.

Pero al fin eran niños, y la impresión, como tal, suele ser siempre fugaz y transitoria, como mariposa que vuela de flor en flor, por más que quizás se pose a las veces en unas más que en otras.

De aquí que pocos días después los cantos, los juegos y los saltos renacieran de nuevo con todo su vigor a medida que se iba desvaneciendo la suave y fuerte impresión del coloquio angélico y de su dulce voz.

¡Cuan miserable es el hombre! Llevado acá y acullá por las impresiones de variado matiz, que a la continua le sobrevienen, es capaz de olvidar lo perdurable y eterno, por muy convencido que pueda estar de su existencia, aún después de haber percibido y experimentado quizás su presencia. Por algo los tratadistas de Ascética enseñan que nuestra psicología requiere sincronizar frecuentemente al alma con el orden sobrenatural por medio de la frecuencia de Sacramentos, la oración vocal, la meditación, la presencia de Dios, etc., si no se la quiere exponer a la pérdida, quizás definitiva, de la Gracia divina, que constituye su vida en tiempo y eternidad.

No podían olvidar, empero, del todo nuestros pastorcitos la visita angélica, ni la oración de matiz apostólico en ella aprendida, ni el mortificativo y sacrificado modo de rezarla. Frecuentemente la entrelazaban con sus juegos infantiles, o la añadían al rezo diario del Rosario.

Por lo demás ¿no conocerán los ángeles del cielo nuestra psicología humana? El de nuestro relato tuvo buen cuidado de renovar y aumentar oportunamente en el corazón de los pastorcitos las impresiones y celestiales lecciones de su anterior visita, por medio de otra de algo más rico contenido doctrinal y hasta profético, respecto a designios de misericordia, que para su propio bien y para bien del mundo, el cielo les tenía reservados.

Unas semanas después del primer coloquio angélico, hacia el mediodía, encerradas las ovejas en el redil para resguardarlas de los ardientes rayos del sol de verano, jugaban los zagalillos a la sombra benéfica de unas higueras, junto a un pozo, detrás de la casa de los padres de Lucía, cuando de repente, vieron el ángel junto a sí.

¿Qué hacéis?, empezó por decirles. Los Corazones de Jesús y María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios.

— ¿Cómo hemos de sacrificarnos?, preguntó Lucía.

— *Con todo lo que podáis. Ofreced sacrificios al Señor por los pecados, con que es ofendido, y pedidle la conversión de los pecadores... Atraed así sobre vuestra patria la paz. Yo soy su ángel custodio, el ángel de Portugal. Sobre todo aceptad y soportad con sumisión los sufrimientos que el Señor os enviare.*

Como en el anterior coloquio angélico y como más tarde en las Apariciones de la Santísima Virgen, Francisco nada oyó de lo verbalmente expresado por la angelical Visión, aunque visualmente gozó de su presencia, como las dos niñas.

Por eso tan pronto como hubo desaparecido el celeste Mensajero, preguntó a Lucía qué le había dicho el ángel.

Pero la afortunada niña, sobrecogida aún por la impresión de lo sobrenatural, le pidió que no la hiciera hablar del caso hasta el día siguiente, o que se lo preguntara a Jacinta.

El niño no podía esperar.

— Jacinta, dime qué te ha dicho el ángel.

Pero tampoco su hermanita se sentía con fuerzas para hablar de tan dulce encuentro con su espíritu angélico.

— Ya te lo diré mañana; hoy no puedo hablar de esto.

Al día siguiente, cuenta Lucía, tan pronto como nos vimos, me hizo Francisco esta pregunta: ¿Has dormido esta noche? Yo la he pasado toda pensando en el ángel, y en lo que te habría dicho a ti y a Jacinta.

Le conté entonces todo lo que el ángel había dicho. No lo entendió, al parecer, todo, y preguntó: ¿Qué es el Altísimo? Y ¿qué significa lo que nos dijo antes de expresar que los Corazones de Jesús y de María están atentos a nuestras súplicas?

Y, oída la respuesta, se quedaba pensativo para hacer después otras preguntas. Pero el espíritu de Lucía no estaba aún del todo libre, por lo que pidió que esperara siquiera un día más a hacerle nuevas preguntas, que por entonces no podía hablar más.

Esperó resignado, pero aprovechó la primera ocasión para preguntar de nuevo, lo que dió lugar a que su hermanita le dijera: *Ten cuidado, que de esas cosas hay que hablar muy poco. No sé lo que me pasa, añadía la pequeñita, no acierto a hablar, ni a jugar, ni a cantar, ni tengo fuerzas para nada.*

— *Ni yo tampoco,* añadía Francisco. *Pero ¿qué importa? El ángel nos ayudará; pensemos en él.*

Lo que más impresionó a los tiernos videntes, o por mejor decir, lo que el celeste Mensajero tuvo buen cuidado de dejar especialmente grabado en sus corazones fueron estas palabras: *Orad, orad mucho... Ofreced constantemente oraciones y sacrificios...*

Eran estas palabras, escribe Lucía, como una luz que nos hacía comprender quién era Dios, y como nos amaba y quería ser amado, el valor del sacrificio y cómo en atención a él, convertía a los pecadores. Por esto desde este momento comenzamos a ofrecer al Señor todo lo que nos mortificaba, pero sin ocurrirnos procurar otras mortificaciones o penitencias, que de pasarnos horas seguidas postrados en tierra, repitiendo la oración que el ángel nos había enseñado.

Mucho era lo que ya habían aprendido los humildes pastorcillos en esta especie de cursillo de Ascética, preparatorio para la debida recepción de las Apariciones de la Santísima Virgen, aunque mucho era también lo que les faltaba aprender. El ángel les tiene reservada otra lección, de contenido eucarístico, la última que han de recibir de sus celestiales labios. El espiritual y sobrehumano Maestro ha tenido buen cuidado de ir escalonando pedagógicamente sus lecciones, cada vez más ricas en contenido doctrinal, y hasta de racio-narlas convenientemente en trechos de tiempo, ni tan alejados unos de otros que la nueva revelación pudiera hallar desvanecida la impresión de la anterior, ni tan próximos que pudieran embrollarse unas con otras en su infantil cabecita.

Se acercaba el otoño. Los calores estivales se iban debilitando. Ya no hacía falta encerrar el ganado en el redil a mediodía para preservarlo del calor. Los pastores podrán pasar con él todo el día en la sierra.

En uno de esos días otoñales, cuenta Lucía, pasamos con el ganado de Pregueira a Lapa, rezamos nuestro Rosario y la oración que en la primera Aparición nos había enseñado el ángel.

Estando allí se nos apareció por tercera vez, trayendo en la mano un cáliz y la Hostia suspendidos en el aire, se postró en tierra y repitió tres veces esta oración:

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que El mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santí-

simo Corazón y los del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores.

Después, levantándose, tomó de nuevo el cáliz y la Hostia y me dio a mí la Hostia, y lo que contenía el cáliz lo dio a beber a Jacinta y a Francisco diciendo al mismo tiempo:

Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios.

De nuevo se postró en tierra y repitió con nosotros tres veces la misma oración: Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo...

Como en las apariciones anteriores también en ésta se hizo imperiosa por largo rato la necesidad del silencio. El angelical Maestro, que podía enseñar interna y externamente, lo reputaría necesario para que la eucarística lección que acababa de dar a sus tiernos alumnos fuera infiltrándose y penetrando bien y sin estorbos de posibles distracciones en su entendimiento, imaginación, memoria y corazón.

El primero que en esta aparición, como en las anteriores, se sustrajo a la imposibilidad del habla, fue Francisco, menos impresionado quizás que las niñas por no haber gozado de la voz del ángel, sino sólo de su presencia, y más acuciado que ellas por saber y comprender bien el contenido de sus expresiones.

—Oye, Lucía, se adelantó a preguntar, rompiendo el silencio, largo rato contenido, en que a los tres había sumido la lección angélica: El ángel te ha dado a ti la Sagrada Comunión; pero a mí y a Jacinta ¿qué nos ha dado?

—Lo mismo, la Sagrada Comunión, contestó resuelta Jacinta por su prima. ¿No viste que era la Sangre que goteaba de la Hostia?

—Yo sentía, contestó el niño, descifrando el enigma, *que Dios estaba en mí, pero no sabía de qué manera.*

Los tres permanecieron largo rato de rodillas, como privados de los sentidos corporales, repitiendo la lección que acababan de aprender, en un abatimiento corporal que los rendía, enajenados al mismo tiempo de paz y felicidad sobrehumanas.

Es fácil ver que en los planes del cielo las lecciones del ángel eran sólo el prólogo de las que estaban por venir, el cáliz o capullo que había de desarrollarse en fruto de más suaves dulzuras, la preparación de las de la Santísima Virgen. Dios, su celestial Madre

y su ángel coordinaron los acontecimientos de modo que los tiernos videntes dieran mucha más importancia al libro que al prólogo, al fruto que a la flor. De aquí que las Revelaciones del ángel indujeran espontáneamente al silencio y las de la Virgen, por el contrario, a la expansión comunicativa. Estas habían de destacar naturalmente sobre aquéllas.

No sé porqué, escribe Lucía, las apariciones de Nuestra Señora producían efectos muy diferentes de las del ángel. La misma íntima alegría, la misma paz y felicidad; pero en vez de ese abatimiento en la divina presencia, un saltar de alegría; en vez de la dificultad para hablar, un cierto entusiasmo comunicativo.

Mucho intriga a Lucía y a sus compañeritos, como reflejan esas palabras, la diversidad y hasta contrariedad de impresiones que dejaban en su alma y hasta en su cuerpo las visitas del ángel y las de la Santísima Virgen.

¿Por qué la aparición de un ángel del cielo había de dejar tras sí efectos depresivos? Nada horroroso ni amilanante había en su presencia, ni en sus palabras, antes aseguraba a los pastorcitos que los Sagrados Corazones de Jesús y María tenían sobre ellos designios de misericordia. Pero Dios quiere que la llena de Gracia sea siempre y en todo más atractiva que todo otro ser creado, y a veces hasta más que El mismo.

Lo que con más claridad destaca la última Aparición del ángel de la paz es sin duda el nuevo rito, ya del todo occidental, ya medio oriental, medio occidental, de distribuir la sagrada Comunión a los pastorcitos.

Se la da primero a Lucía en rito totalmente occidental, y luego a los dos más pequeñitos en rito medio oriental y medio occidental: occidental por ser en una sola especie y oriental por ser precisamente en la del vino, prohibida a los fieles en Occidente en 1917. De consiguiente la pequeña comunidad pastoril de Fátima la recibe de manos de un ángel comunitariamente en las dos especies, pero personalmente sólo en una, ya la del pan, ya la del vino, como si aquella pastoril Iglesia en miniatura estuviera en la mente del ángel en la frontera entre Oriente y Occidente, con anhelos de favorecer a las Iglesias y nacionalidades de entrambas vertientes.

Algo por el estilo, o muy parecido al mismo, nos ha dicho con la voz del Concilio Vaticano II, aquel otro ángel de paz que rige en nuestros días el gobernalle de la nave de Pedro con el nombre de Pablo VI.

Recordemos literalmente sus palabras: “No oponiéndose a la unidad de la Iglesia una cierta variedad de ritos y costumbres, sino acrecentando más bien su hermosura y contribuyendo al más exacto cumplimiento de su misión, el sacrosanto Concilio, para disipar todo temor, declara que las Iglesias orientales, conscientes de la necesaria unidad de toda la Iglesia, tienen el derecho y el deber de regirse según sus propias ordenaciones, puesto que son más acomodadas a la idiosincrasia de sus fieles y más adecuadas a promover el bien de sus almas”. Decreto sobre el Ecumenismo. 1966.

Luego, gracias al ángel de la paz del cielo y al de la tierra, podemos y debemos recoger aquí una buena lección de ecumenismo sacramental y práctico.

IV

PRIMERA APARICION Y PRIMERA LECCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

En mayo de 1917 estaba todavía sumido el mundo en la catástrofe de la llamada primera guerra mundial.

El día cinco de mayo, mes siempre alegre y esperanzado, aun en días de tribulación, por ser el mes de María, el Papa Benedicto XV se lamentaba de la gran guerra, suicidio de Europa, y suplicaba a todos los Obispos del mundo que exhortaran a sus súbditos a dirigir sus plegarias a la divina Madre, durante el mes de las flores, para conseguir el don de la paz. Haced llegar a su trono, les decía, el grito de angustia de madres y viudas, los lamentos de los pequeños e inocentes, los suspiros de todo corazón generoso. Terminaba su angustiosa exhortación mandando añadir a la letanía lauretana la invocación “Reina de la paz, rogad por nosotros”.

La Reina de la paz fue invocada con este nuevo título de su letanía en todos los templos de la Cristiandad, por efecto de la memorable carta del Pontífice, el domingo día 13. En el mismo día, atenta a las súplicas del representante de su divino Hijo en la tierra y a la de todos sus hijos y devotos, diseminados en todo el mundo, bajaría del cielo a Fátima para dar a todos, por medio de unos muy sencillos y humildes pastorcillos, las consignas de la paz

que el mundo necesitaba y le pedía.

Como todos los domingos, los futuros confidentes de la Virgen, antes de soltar sus ovejas del redil, oyeron Misa en el templo parroquial de su aldea. Líbrenos Dios, dirá más tarde Olimpia, la madre de Jacinta y Francisco, de dejar pasar un solo domingo sin oír Misa, tanto a nosotros los mayores, como a los niños, tan pronto hayan llegado al uso de razón.

Terminado el santo sacrificio de la Misa, vuelven los tres zagalillos a su casa, toman su frugal desayuno, depositan en el respectivo zurrón su ulterior comida y se dirigen alegres y retozones con su ganado hacia los ordinarios pastos. Jacinta y Francisco conducen el suyo por el camino de Lagoa, donde como de costumbre, hallan a Lucía con el suyo, y donde, como siempre, escoge ésta el lugar del común pastoreo, que en este día será la hondonada de Iría.

Allí se dirigieron nuestros humildes protagonistas, cantando y jugando por el camino, muy despreocupados de la sorpresa que para aquel día el cielo les tenía reservada.

Llegados por fin al lugar prefijado, las campanas de Fátima, que tocaban a Misa mayor, les sirven de reloj para señalarles próximo el mediodía. Sacan entonces del zurrón sus provisiones, se santiguan, rezan un Padrenuestro por toda bendición y despachan su frugal ración, dejando lo que bien les parece para tomarlo más tarde por vía de merienda. Dan gracias a Dios con la sencilla oración aprendida en familia y rezan su habitual Rosario contrayendo y sintetizando padrenuestros y avemarías en la consabida forma de su invención, con el fin de poder dar más lugar al indispensable juego.

Luego, mientras las ovejas seguían desmochando la hierba, decidieron construir su tal vez centésima casa para morada de los insectos y alimañas que pudieran escogerla, de buen o mal talante. Francisco es el arquitecto y el albañil, y las niñas los peones, a quienes incumbe el acarreo de materiales.

Muy afanados andaban en tan trascendental tarea de sus pocos años, cuando llamó su atención una luz vivísima, que temieron pudiera ser un desacostumbrado y descomunal relámpago. Espantados se miran unos a otros y escudriñan el horizonte para ver de averiguar de dónde pueda venir la tormenta. Saben que los relámpagos suelen acompañarse de truenos, lluvia, granizo y a las veces del rayo. Pero el cielo está claro y limpio de nubes en toda su extensión visible.

Mas, si por detrás del monte se fragua alguna tempestad..., observa Lucía. El tiempo está de relámpagos; señal de que se está fraguando o está viniendo la tormenta. Lo mejor que podemos hacer es volvernos en seguida a casa.

Acordes los tres en esta resolución, que parecía dictar la prudencia, emprenden su camino guiando el ganado pendiente abajo, cuando he aquí que les sorprende otra claridad más intensa, viva y penetrante que la anterior y con ella la primera Aparición de la Santísima Virgen, que allí contemplan atónitos sobre una pequeña encina o carrasca, como de un metro de altura, que le sirve de peana.

Era una Señora, en expresión de Lucía, vestida de blanco, más brillante que el sol, derramando una luz más clara e intensa que un globo de vidrio lleno de agua cristalina y atravesado por los más ardientes rayos del sol. Su cara era de belleza indescriptible, ni triste ni alegre, pero sí seria, con las manos juntas a la altura del pecho en ademán de orar, y teniendo pendiente de los dedos de la derecha un Rosario de blancas cuentas. Las vestiduras parecían hechas de la misma luz blanca. Su túnica se alargaba hasta los pies, y sobre ella se extendía un manto de la cabeza al suelo, realzados sus bordes, a lo largo del cuerpo, con una luz más intensa, como cuajada en oro.

Sorprendidos y hechizados por la inesperada y dulce Aparición, los tiernos pastorcitos quedan inmóviles ante ella.

—*No temáis*, comienza por decirles la celeste visión; *yo no os hago ningún mal*.

Lucía, entonces, se anima a preguntarle:

—*¿De dónde es usted?*

—*Soy del cielo*. Y levanta un momento su mano para señalar su morada en el empíreo.

—*Y, ¿qué queréis de nosotros?*

—*Vengo a pedir os que vengáis aquí siete meses seguidos, el día 13 a esta misma hora. Después os diré quién soy y lo que quiero. Y volveré aquí todavía por séptima vez (1)*.

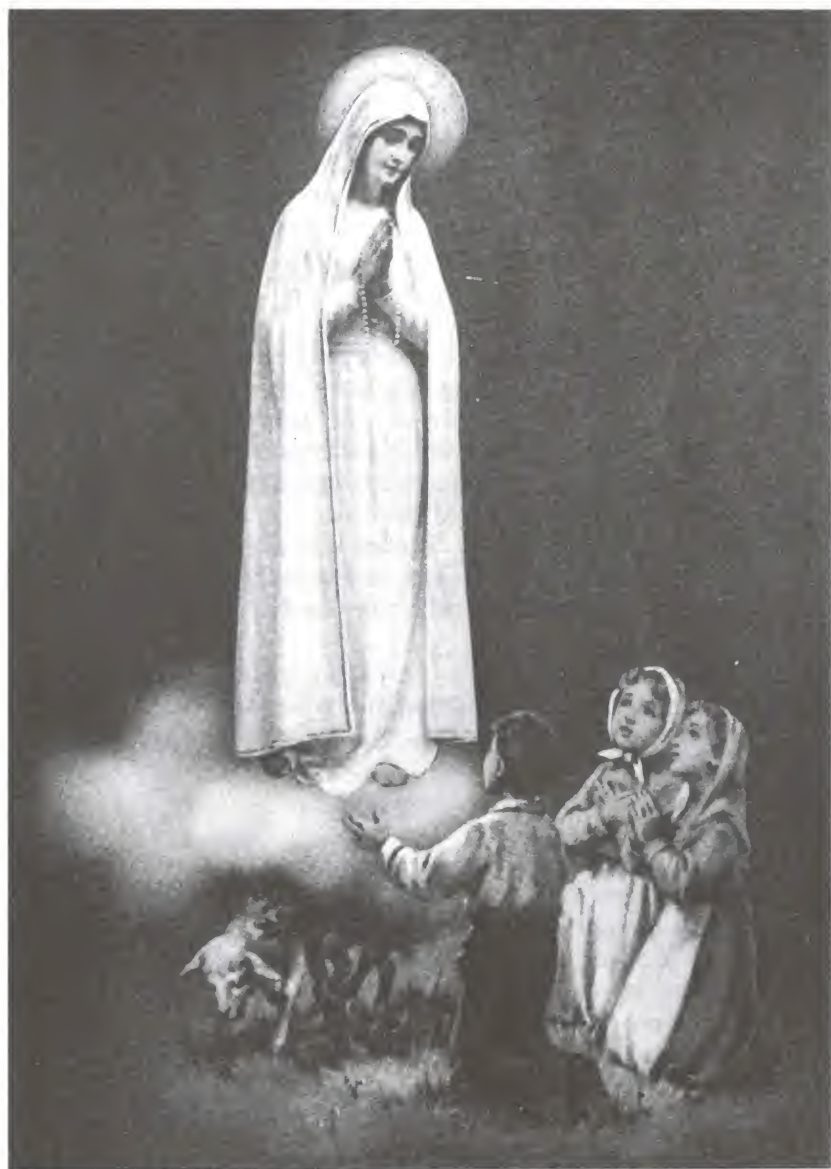
Una Señora que viene del cielo, piensa la chiquilla para sus adentros. Si yo pudiera estar allí...

—*¿Iré yo también al cielo?*, se atreve a preguntarle.

—*Sí, irás*, le asegura la Señora.

—*¿Y Jacinta?*

—*También*.



—¿Y Francisco?

—También irá. Pero antes tendrá que rezar igualmente el Rosario (1). Los ojos de la visión se fijan en el chicuelo, en expresión de bondad y maternal ternura.

El pensamiento del cielo absorbe el alma de Lucía. Sabe que un día será su mansión y la de sus afortunados primitos. Pero le atormenta una preocupación sobre la eterna suerte o desgracia de dos amigas suyas, fallecidas poco antes, que frecuentaban su casa para aprender a tejer y coser bajo la dirección de sus hermanas: dos muchachas de dieciséis a veinte años.

—Y María del Rosario de José de las Nieves, sigue preguntando animosa, ¿está en el cielo?

—Sí, responde la Señora.

—¿Y Amelia?

Aquí, los virginales labios de la Madre de Dios dieron una respuesta que debiera hacer reflexionar y entrar en juicio a muchas almas despreocupadas de sus desórdenes pasados, ya confesados, pero quizás no debidamente satisfechos; de sus pecados veniales, por muchos que puedan ser, o por más que rocen a las veces quizás los límites de la culpa grave; o, lo que es mucho peor, de los mismos pecados mortales con la esperanza de que ya se confesarán a última hora:

—*Está en el purgatorio*, contestó la celeste Visión, *y allí le corresponde estar hasta el fin del mundo.*

¡Qué sentimiento! Los ojos de los niños prorrumpieron en lágrimas y su corazón en propósitos de aliviar con sufragios la pena de la desgraciada amiga y de abreviar del mismo modo, o con el correspondiente indulto de las indulgencias, tan largo tiempo de expiación (2).

La celestial Madre, que acababa de prometer el cielo a los pastorcitos, no pudiendo regalárselo sin ningún mérito personal, empieza inmediatamente a prepararlos para merecer tan gran premio por medio del principio de la sabiduría, que es el temor de Dios, hasta por los castigos que corresponden al pecado venial, muy dignos de ser siempre tenidos en cuenta por todos, pero muy particularmente por las almas que, como las de esos niños predilectos de María, estén especialmente llamadas a la santidad.

Más tarde, en la Aparición de julio, volverá sobre el mismo tema cuando, después de haberles mostrado el infierno, les enseñará una oración para ser rezada al fin de cada decena del Rosario, en

la que rogarán a Jesús, que lleve al cielo a todas las almas especialmente a las más necesitadas de su misericordia. Asegurando así el papel del temor de Dios, era preciso poner inmediatamente en juego el del amor en su mejor prueba, que es el espíritu de sacrificio.

—*¿Queréis ofreceros a Dios*, prosiguió diciendo la celestial Visión, *para soportar todos los sufrimientos que El quiera mandaros en reparación de los pecados con que es ofendido y como súplica por la conversión de los pecadores y en desagravio de los ultrajes hechos al Inmaculado Corazón de María?*

—*Sí, queremos*, responde decidida Lucía, en nombre de los tres.

—*Tendréis que sufrir mucho, pero la gracia de Dios os confortará.*

Dulce promesa de la tesorera de todas las gracias, que allí mismo empieza ya a tener cumplimiento. Al pronunciar las palabras *la Gracia de Dios*, separa las manos, que hasta entonces había tenido juntas ante el pecho, y de su pecho sale un río de claridad que, *desbordando hacia nosotros*, escribe Lucía, *nos penetra hasta lo más íntimo del alma, haciendo que nos veamos en Dios, que es esa luz, más claramente que en un espejo. Entonces, movidos de un impulso interior, también comunicado, caímos de rodillas y repetimos íntimamente: Oh Santísima Trinidad, yo os adoro. Dios mío, Dios mío, os amo en el Santísimo Sacramento.*

¡Dichosa el alma que así puede verse íntimamente compenetrada en Dios en el goce intenso de su divina gracia, transmitida por el Corazón sin mancha de su celestial Madre! ¡Más dichosa aún la que sepa cultivar tan exuberante vida sobrenatural con el riego diario de oraciones y sacrificios en reparación de los ultrajes hechos al Señor y al Corazón Purísimo de su Madre! Tales almas atraen siempre las bendiciones de Dios sobre todos.

Así estuvieron unos momentos en aquella lumínica senda que les conducía a Dios, y que, a favor suyo, emergía del Corazón Virginal para inmunizarlos contra los peligros que para ellos supondrían numerosas tribulaciones por las que iban a pasar, y en anticipo del cielo que, en esperanza y promesa, acababa de abrirles su Reina, al mismo tiempo que en expresivo símbolo de gracia, salvación y refugio para cuantos acierten a ponerse en la suave corriente de la devoción al Purísimo Corazón de la Tesorera de los dones de Dios.

—*Rezad el Rosario todos los días*, continuó diciendo la blanca Señora de la carrasca, *para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra*. Como quien dice: ¿serían posibles las guerras de unos contra otros si, por medio del Rosario, logran atraerse el río de amor y de paz, que para todos emerge del Corazón de su celestial Madre? Y si, en el peor caso, alguna divergencia de monta pudiera surgir entre ellos, ¿no podría disiparla con su poderosa intercesión la Medianera de todo bien?

Un ángel del cielo preparó visiblemente, nada menos que por tres veces, a los niños a recibir con dignidad y fructuosamente la visita de la Reina de ángeles y hombres. Es de presumir que el mismo celeste espíritu o el ángel custodio les asistiría más aún, aunque invisiblemente, en todas las Apariciones de María. Es lo cierto que las preguntas de Lucía y toda su intervención en el diálogo con la Virgen y hasta con la multitud de devotos y curiosos que tiene en torno suyo, vienen siempre tan a tono con lo que piden las circunstancias, con lo que la divina Madre ha dicho o va a decir, y, sobre todo, con la común utilidad de la Iglesia, que parece del todo inexplicable naturalmente en una niña de diez años y analfabeta.

En esta misma Aparición de la vertiente de Iría, después de haber visto y experimentado al Corazón Inmaculado como fuente de Gracia en claridades de sobrehumana paz para ella y para sus afortunados primitos, ¿no parecía oportuno preguntarle si lo sería también para sus demás hijos y devotos, diseminados por el mundo?

Como si la misma Virgen quisiera provocar en ella, o en sus compañeritos, alguna pregunta a este respecto, les acaba de exhortar a rogar por la terminación de la guerra mundial de entonces y por el establecimiento de la paz en el mundo.

—*Quisiera preguntaros*, dice entonces oportunamente Lucía, *si la guerra durará mucho o si terminará pronto*.

—Y la Virgen, más oportuna aún, aprovecha esta pregunta, que se diría estaba esperando, para dar al mundo por medio de los pastorcitos de Aljustrel una buena lección que todos debieran saber y que desgraciadamente no parece haber llegado aún a noticia de muchos.

—*No puedo decírtelo aún*, le contesta, *te lo diré más tarde, cuando te haya dicho qué es lo que yo quiero*; es decir, que el fin de las pruebas de la humanidad está subordinado a las condiciones

de paz que Ella en nombre de Dios ha de poner en su maternal Mensaje. Ella no puede prometer librar las naciones de los horrores de la guerra, mientras no nos haya dicho qué hay que hacer para libertarlas previamente del pecado, que tan serio castigo de Dios atrae sobre el mundo.

Dichas estas palabras, continúa Lucía, comenzó la Señora a elevarse serenamente en dirección al Oriente, de donde había venido, hasta desaparecer en la inmensidad del espacio, rodeada de una luz muy viva, que iba abriéndose camino en las alturas del espacio.

A los pueblos orientales, donde siempre se le ha amado, vuelve María, en ademán de amoroso dominio y señorío, elevándose serena por los aires, sobre todos ellos, como dueña del Universo, hasta desaparecer en la inmensidad del espacio rodeada de una luz muy viva, que le va abriendo camino. Llamada maternal de María a los pueblos orientales: Rusia, Israel, etc.

¿Quién no ve en ese lenguaje fatimista, o en tan breves y tan bellas palabras de Lucía, un feliz paralelismo con aquel otro en que San Juan Evangelista nos describe a la misma celestial Señora vestida del Sol, coronada de estrellas y con la luna bajo sus pies? Tan original y feliz conjunción de expresión entre Fátima y el Apocalipsis de San Juan no creemos pueda ser casual, ni menos rebuscado ripio literario, del cual ni siquiera es capaz la pluma iliterata de Lucía. Nosotros la creeríamos llamada exegética, pero de la Santísima Virgen. La humilde vidente no ha sido aquí más que el instrumento de que se ha servido la Reina del cielo, para manifestarnos la universalidad de su poder y para poner su firma y su sello en todo lo que nos ha dicho en su primera Aparición. Más tarde se servirá de otro instrumento mucho más sorprendente aún, o del milagro del Sol, para rubricar la última y todo el conjunto de su maternal Mensaje.

Desaparecida la Virgen, los dichosos zagalitos quedaron algún tiempo con la vista fija en las alturas en búsqueda y hechizo de su dulce Madre.

Cuando, vueltos en sí, fijaron los ojos en el ganado que les rodeaba un poco alejado de ellos en un campo y desparramado entre garbanzales y maizales, vieron con sorpresa que no habían causado ningún mal en los sembrados y que sólo iba comiendo las hierbas crecidas entre el maizal y los garbanzos. Fiel a la consigna de su divino Hijo, la celestial Madre, al otorgar a sus pastorcitos